

Recuerdos de doña Teresa Badenes Boluda, hija de Teresa Boluda Martí, encarcelada en Alaquàs durante la guerra

«Nazco en 1924, soy valenciana, y vivo en Teruel pues mi padre es profesor de dibujo de las escuelas normales, o sea, de maestros y profesores de Bellas Artes. Con un precioso currículum saca plaza en Valencia y lo intercambia con otro profesor que se jubila muy pronto. Le hace ese favor. Entonces, esto ocurría de común acuerdo. Las cosas ocurrían de una manera más sencilla que ahora. Del nombre del otro profesor de instituto y de las escuelas normales, no me acuerdo.

Tengo cinco años, y en mi cabeza suenan los nombres de Miguel Primo de Rivera y otros como gente muy severa.

Parece ser que dimite el alcalde de Teruel, o lo tiran, y como mi padre es muy querido en Teruel, le nombran alcalde a la fuerza. Algo ocurre en el Ayuntamiento que él no puede admitir y se pone enfermo. Fue algo acerca del matadero de la ciudad, me parece, un lío de dinero que nadie sabía dónde estaba. Era un hombre muy humilde, un artista, que no quería líos de política.

Y un día a causa de su malestar o enfermedad que le provoca esta situación, muere en Teruel de manera trágica.

Tengo cinco años y mi hermano siete y medio. Mi hermano, pobrecito, era muy bueno, y así como yo me callé y hacía como que no me enteraba, mi hermano lloraba a toda hora, no sabíamos por qué, pero le decías cualquier cosa y lloraba. Ahora entiendo por qué lloraba, claro. Yo entonces estaba en Teruel, con mis padres, porque era pequeña, y él con los abuelos, en Valencia.

De este episodio, a pesar de mi edad, tengo muchos recuerdos, aunque intentan ocultármelo yo me enteraba de todo porque era muy pillita de pequeña.

Mi tío, hermano de mi madre, era el mayor de cinco hermanos y mi madre la pequeña; se llevan muy bien y nos lleva a la casa de mis abuelos en Valencia, con quien viven él y otra hermana más.

Somos felices, pues se porta como un verdadero padre. Mi tío es sastre. Vivimos todos en la vivienda de la tienda, en la calle Cirilo Amorós.

En 1936 estalla la guerra. Tengo doce años. Recuerdo cómo se llevan el oro y la plata del Banco de España, pasaba yo por allí, y no sé si es imaginación mía, pero lo tiraban como por un tobogán y recuerdo el ruido que hacía el metal al caer. Queman la catedral de Valencia, mi prima vive en una casa unida a la Seo, y queman la catedral y su casa, que es de su tío, canónigo de ésta.

Mi tío se trae a los tres a casa: mi tía, mi prima y el canónigo. Están todos en casa unos meses, hasta que encuentran otra casa y se van.

El canónigo, tío de la madre de mi prima, Calixto Hernández, acaba en la prisión de las Torres de Quart. Mi prima, Elvira Boluda Hernández, como había estudiado magisterio, derecho, filosofía y letras, piano y canto, la conocían y la cogieron, a cambio de tratar bien a su tío, el canónigo, para hacer discursos a favor de la República. Ella hablaba de todo, pero sin decir nada, y quedaba muy bien.

Pero alguien, la portera o quien fuera, nos denuncia, tal vez por hospedar al canónigo, y empiezan a venir a requisar la casa, una, dos, tres, no sé cuántas veces. En una de ellas encontraron un álbum de fotos que estaba mi padre haciendo regalos de navidad a unos niños enfermos, y salía en la foto una monjita, y le preguntaban que quién era, y mi madre les decía: "Es mi marido, y está muerto". Y le preguntaban quién era la monja y mi madre no lo sabía, y era verdad, porque nadie sabíamos quién era aquella mujer. Si había alguna joya o dinero, se lo llevaban, no sé a dónde. Teníamos de mi padre una caja y debajo de un ladrillos pusimos unos cuantos duros de plata y algunas joyitas, y allí estuvo toda la guerra. A la gente, por ejemplo el colchonero,

que era muy de izquierdas, le pidió mi tío que pusiera un cartel que dijera "esta casa ya ha sido requisada", y lo puso, pero entraban igual, a ver quién había dentro.

Mi tío fue una vez al cementerio, y vio en la cuneta a muchos clientes suyos: regresó a casa enfermo.

Después de la guerra, mi madre nunca dijo nada de nadie, se conocía todo el mundo en Valencia; le preguntaron, una vez, si tal vecino había matado a alguien y ella dijo que no sabía nada; que llevaba uniforme y pistola, pero matar a nadie, jamás. También vi muchas locuras después: hubo hasta otro vecino, un tarambana que después de la guerra se hizo hacer un uniforme y se ponía medallas que no eran de verdad y hacía como si mandara después de la guerra. Una vez nos llevó en un coche que había comprado por la carretera del Saler, y corría muchísimo, a cien por hora: lo pasamos fatal.

En la época de la guerra pasamos miedo y no recuerdo bien, pero me parece que las tropas de "los rojos", como les llamaban, entran en Teruel por poco tiempo, y cogen a gente que estaba refugiada allí.

Entre ellos, a Doña Rosa Sabino, apresada en Teruel, donde formaba parte del Ayuntamiento, luego creo que esposa de Alberto Martínez Cros, y después vecina de la calle de Cirilo Amorós, donde vivía mi tío.

A esta señora la llevan entonces desde Teruel a la prisión de Alaquàs, y desde ella escribe a mi madre pidiéndole ropa, pues está en camisón y bata desde que fue prendida y no conoce a nadie más en Valencia.

Mi madre coge ropa y a mí, y la llevamos a Alaquàs.

Recuerdo a un hombre detrás de una mesa que le pide a mi madre nombre y dirección, y también mi nombre, y mi madre dice que soy una niña y dejan que no apunten mi nombre. Sería el año 1938 o 1939.

Un día rodean toda la manzana de nuestra casa. Recuerdo que bajó la madre de las Azzati que era mayor y no podía salir, no la dejaban, y mi tío, como vivíamos en la planta baja, la invita a entrar hasta que se sepa qué pasa. Entonces ella llamó a sus hijas, y creo que concretamente a un yerno,

y les dice que tienen que salir de allí, y de repente se llena la calle de socialistas, no sé si en bicicleta o en moto, vestidos con pantalón negro y la camisa roja, la plaza llena. Durante ese tiempo no se deciden a entrar y ella sale. Y de repente, se presentan en nuestra casa unos hombres con fusil que buscan a mi madre violentamente. Dicen "Somos de la F.A.I., los que matamos y asesinamos". Y se llevan a mi madre, por "socorro blanco", desde casa a una checa del S.I.M. en la calle de Sorní, donde le hacen torturas, y de allí al colegio de los Escolapios convertido en prisión.

Después de Escolapios la llevan a la prisión de Alaquàs.

Allí mi madre conoce y duerme al lado de Pilar Jaraíz Franco y su hijo pequeño, y está con muchas otras presas de nombres muy conocidos por ser hermanas, esposas o hijas de militares conocidos por la guerra, como los generales Sanjurjo, Queipo de Llano o Primo de Ribera. Ellas estaban antes que ella, mi madre apenas está un par de meses, casi al final.

De su encarcelamiento allí tengo pocos detalles, porque de estas cosas se habló poco ya que luego de estar allí fue trasladada a otra prisión. Mi madre me contaba que Pilar Jaraíz Franco le cantaba a su hijo Antonio la siguiente canción:

"Los pajaritos que van por el aire
Vuelan, vuelan, vuelan-vuelan-vuelan
Y Toñisuco también volará
Cuando vuelva Franco con la libertad".¹

Pilar Jaraíz escribió varias veces a Franco para que la sacara de allí, y Franco no hizo nada.

Mi madre era una mujer muy alegre y decidida. Yo siempre estaba resfriada de pequeña, pero entraba en la habitación y se te olvidaba todo, era como si entrara un rayo de sol. Mi prima la adoraba, siempre estaba con bromas.

Allí la visita mi tío. Para intentar ganar el favor de las celadoras las invita a la casa en Valencia, donde les ofrece lo que tiene para que le lleven a su hermana algo para comer. Pero el comportamiento de ellas, pidiéndole tabaco y

¹ La melodía la tengo grabada.

otras cosas, parece que no indica más que se están aprovechando de él y de su puesto como celadoras, de modo que nunca más vuelve a trabar amistad con ellas. No podía ofrecer mucho porque le habían robado las telas de la tienda y no teníamos otra cosa para vivir que vender los objetos de la casa. Fue nuestra ruina.

Un día, mi tío va a ver a mi madre y no está: se las han llevado a todas en camiones a Cehegín, Murcia, donde las meten con presas comunes, y en el camino, a pleno sol, las bajan y cuentan y recuentan varias veces. Mi madre no cuenta lo peor, pero me dice que cenaban muchas veces medio tomate verde con pan.

Pasan varios meses, dos o tres, y está finalizando la guerra. Sueltan a mi madre y, no sé si por carta o de palabra, Pilar Jaraíz Franco le pide que vaya al cónsul de Francia, que vivía en la Calle Colón, donde le pide a Franco que la saque de allí, pues debió ser un final muy malo, con el niño pequeño, entre tanta mujer y tanto follón. Mi madre me lleva al cónsul, o sea, yo voy con mi madre al cónsul francés, siempre me llevaba a mí.

Amigas o conocidas de Valencia en la cárcel recuerdo que fueron: Matilde Cubells, Luisa Sagaseta, y una señora de título que invitó a mi madre a su palacio, enfrente del palacio arzobispal, y cuyo nombre se me olvidó. Otros nombres no recuerdo, pero sí que algunas vinieron a ver a mi madre a casa alguna vez después de aquello.

Mi madre se fue de casa pesando ochenta kilos, era una mujer muy alta, de casi un metro ochenta con tacones, y volvió con treinta y cinco kilos, con los trajes por los tobillos.

He leído el artículo de María Teresa Lucia. Lucia era un político de derechas; la del artículo, María Teresa, debía ser su hija. Del intercambio de prisioneros nunca me habló mi madre, mi madre no era familiar de ningún político ni militar, sólo fue a llevar ropa a una conocida que estaba necesitada y acabó en la

